

HISTORIAS NATURALES; MATRIZ DE RACIONALIDAD PARA LA FUNCIÓN POLÍTICA DE LA NATURALEZA EN LA IMAGEN DE AMÉRICA

Histoires naturelles; rationality corpus to figure America nature's as a political image

Kurt Matías Petautschnig Arancibia¹

Núcleo de investigación en visualidades de la Facultad de Filosofía y Humanidades de
la Universidad de Chile, Santiago de Chile

kurt.petautschnig@usach.cl

Resumen

La naturaleza es un hito central para la figuración y representación de América. Dentro del proceso de conquista las dificultades de los conquistadores por identificar, describir y narrar lo descubierto se tradujo en una constante devaluación de la vegetación, fauna y habitantes del nuevo mundo; ello se tradujo también en un lugar de disputa material y simbólica por parte de los criollos, siendo un caso excepcional las Historias Naturales de los jesuitas expulsos Juan Ignacio Molina y Francisco Javier Clavigero, ambos antecedentes centrales para evidenciar el uso político de la naturaleza en la figuración de América. El presente artículo expone una triada conceptual de naturaleza, política e imagen con el objeto de ofrecer una clave legible más extensiva al trabajo de los expulsos, y con ello configurar ejes que tracen la importancia genealógica de la naturaleza, devenida en base imaginaria para la conformación de los estados y sus relatos nacionales.

Palabras clave: Naturaleza, Política, Imagen, América, Imaginarios.

Abstract

¹ Licenciado en Imagen por la Universidad de Artes y Ciencias Sociales, Magíster en Estudios Culturales por la misma casa de estudios y Doctor en Estudios Americanos por la Universidad de Santiago.
<https://orcid.org/0000-0003-0175-5416>.

Nature represents a foundational milestone in the figuration and representation of America. In the process of conquest, the difficulties faced by the conquerors in identifying, describing, and narrating what they discovered resulted in a constant devaluation of the vegetation, fauna, and inhabitants of the New World. This also led to a material and symbolic dispute among the criollos, with the *Historias Naturales* of the expelled Jesuits Juan Ignacio Molina and Francisco Javier Clavigero being exceptional cases. Both serve as central precedents to demonstrate the political use of nature in the figuration of America. This article presents a conceptual triad of nature, politics, and image in order to provide a more extensive interpretive key to the work of the expelled Jesuits. It aims to establish axes that trace the genealogical importance of nature, which has become an imaginary foundation for the formation of states and their national narratives.

Keywords: Nature, Politics, Image, America, Imaginary.

Fecha de Recepción 03/03/2024 – Fecha de Aceptación: 30/04/2024

Antecedentes preliminares

En el albor del año 1493 el navegante Cristóbal Colón envía, mediante su mecenas; el banquero Mosén Luis de Santángel, una misiva a los Reyes Católicos que ostenta la magnánima condición de ser la primera noticia oficial, escrita de puño y letra por el almirante dando cuenta del hallazgo. Dicha carta, junto con informar las portentosas novedades de su travesía y el eventual arribo a las Indias occidentales, asienta las bases del acto discursivo que promueve la matriz y encuadres para la conformación en el imaginario europeo de las nuevas tierras, e instituye el rol central que jugará la naturaleza en dicho proceso. La epístola describe detalladamente el nuevo paraje a través de una comparativa entre el mundo conocido y habitado por el navegante –ecúmene–, y el aún desconocido cuarto continente. Colón, encausa el origen de una práctica de inscripción y representación que se tornará la constante para la relación entre Europa y América, cuyo antecedente inicial se reconoce en esta primera carta; “...hay palmas de seis o ocho maneras, que es admiración verlas, por la deformidad hermosa de ellas, mas así como los

otros árboles y frutos e hierbas. En ella hay pinares a maravilla y hay campiñas grandísimas, y hay miel, y de muchas maneras de aves, y frutas muy diversas” (Colón, 1492).

El extracto permite evidenciar la dificultad de los conquistadores al intentar retratar un panorama extraño y ajeno que surgía frente a sus ojos a modo de fantasía, pesadilla o ensoñación. Esta nueva e ignota naturaleza se desoculta intempestivamente para constituir un espacio de tensiones y pugnas políticas que gravitan en las prácticas de presentación, figuración y representación de las características naturales de la “otra” parte del mundo. Walter Mignolo (1992), propone que dicha dificultad radica en un problema de orden cognitivo,

sabemos al respecto, que la cognición de un objeto o de un acontecimiento, no resulta únicamente de las informaciones que se “extraen” de tal objeto sino también (y quizás fundamentalmente) resultan de lo que sabemos antes de enfrentarnos al objeto (p.61).

Esta brecha cognitiva conjuga el proceso de conquista en su totalidad y marca todas las dimensiones posibles de las ignotas indias occidentales. Desarrollando de manera simultánea a la empresa bélica, una nutrida construcción discursiva (textual y visual) que promueve una “dimensión ideológica” (p.58) vinculada a los nuevos territorios cuyo fin es sustentar la noción de Indias o Nuevo Mundo. En ello validar su inferioridad y el estado de barbarie de esta parte del mundo, con la finalidad de validar las violentas prácticas ocurridas.

Lo anterior, da forma al marco inicial para la conformación –y disputa– discursiva del nuevo mundo. Una geografía nueva y exuberante, poblada por animales de diversos y desconocidos atributos en comunión con habitantes singulares de este nuevo lugar. Que están a medio camino entre lo real e imaginario, figurados asimétricamente desde una visión dominante que aplica modelos de representación desajustados, bajo un consistente y persistente uso de las características naturales (reales o inventadas) de las nuevas tierras que se articulan como razones que justifican la explotación de los recursos humanos, animales y naturales. Utilizando los atributos de la naturaleza americana en una concepción que la expresa a modo de una condición atemporal que materializa, enmarca

y avala las acciones de los conquistadores en distintos contextos temporales a partir de una constante devaluación y una comparativa asimétrica, situada en la validación de un saber occidental y europeo versus lo americano. Las descripciones textuales y visuales de la naturaleza americana expresadas en formas de cartas, crónicas, relaciones e Historias Naturales, o bien, devenidas en paisaje en ilustraciones y grabados o en fichas botánicas naturalistas. Han organizado las ideas y conceptos del cuarto continente que circularon profusamente por más de tres siglos desde el comienzo de la invasión española a América, conjuntamente, disemina modelos y prácticas de representación respecto la naturaleza indiana en correspondencia a cánones europeos que devalúan sus atributos, o la exaltan con un matiz mágico mediante fábulas, mitos e ilusiones del imperio español. Para todos los casos se incurre en una invisibilización de lo que efectivamente corresponde al campo de la naturaleza americana, no obstante, este hecho determina e impulsa el rol central que tiene la naturaleza como vector político en América. Tanto así, que los anhelos de independencia y emancipación se entremezclan con la magnanimidad de la naturaleza americana, siendo un eje central para la conformación de la comunidad y el surgimiento de los estados-nación (Andermann, 2008; Valdés, 2014; Cosgrove, 2002; Cid, 2011) del siglo XIX, cuyo factor transversal está en la exaltación de las características naturales por parte de los criollos americanos, no como un aspecto que los invalida, muy contrariamente, como un elemento que los diferencia y razón de ser para su autonomía.

Ciertamente el acto de especificar, clasificar, organizar y narrar las características físicas del *mundus novus* entrecruza acciones de orden político que organizan y jerarquizan lo social a partir de los elementos que lo definen. La intersección de estas prácticas de poder (Foucault, 2022) mantienen como punto común a la naturaleza, por tanto, se torna fundamental definir y exponer hitos que marcan la progresión histórica de las figuraciones de América, en vista a que delinean las modalidades de cómo lo natural se emplea en una especie de sedimento anterior a lo que posteriormente será la constitución de un imaginario político natural de lo americano, cuya relevancia en los movimientos emancipatorios y conformación de los estado-nación durante el siglo XIX es central.

Por consiguiente, se expone una síntesis de las tramas imaginarias sobre la naturaleza americana con un especial foco en las visiones e imágenes –mentales o figurativas– primigenias de América que organizan el proceso de construcción natural e

imaginaria, teniendo en perspectiva que la constitución de un imaginario es una actividad sustantivamente compleja dada su esencia dinámica (Castoriadis, 2013). Como tal, la dinámica instituida e instituyente de un imaginario, necesariamente, demanda la existencia de figuras mentales previas. En ese sentido, resulta imperativo identificar las visiones tempranas que estimularon el surgimiento de los primeros retratos de América, las Nuevas Indias, el Nuevo Mundo, el Cuarto continente, solo por señalar alguna de las distintas denominaciones que ha recibido esta parte del mundo considerando que aquellas se dan continuamente bajo un énfasis de lo natural.

El origen del imaginario americano y el protagonismo de lo natural, responde al desborde de distintas capas y modelos de representación que a lo largo de los procesos históricos han entrado en disputa bajo indistintas prácticas políticas, económicas y sociales. A saber, España con una firme posición colonizadora sostiene la noción de llamar indias al continente americano hasta adentrado el siglo XVIII resaltando constantemente el exotismo de los nuevos parajes, mientras, el resto de Europa con la tentativa y reconocimiento del cuarto continente bajo el nombre de América. Situación que responde a una eventual estrategia para marcar un antagonismo y distancia respecto a la disposición asimétrica por parte del Imperio Español, a fin de lograr tender puentes con los americanos.

Luego, un tercer y crucial momento, surge de la influencia del pensamiento ilustrado francés, que enciende la llama del pensar por sí mismo y ya no seguir dictámenes del otro lado del océano, despertando los anhelos de autonomía en el corazón de los españoles americanos y criollos. Ellos depositan su mirada en la naturaleza bajo la clave de un lugar que los diferencia y singulariza. Ven en la exaltación y veneración de la naturaleza una respuesta radical de carácter ontológico frente al viejo continente, dando forma al tejido simbólico basal de los estados nación. Este carácter ontológico se manifiesta en el vínculo que los naturales de América generan con su geografía, vegetación, paisaje y fauna como un elemento constitutivo de la alteridad que desde el Imperio le han conferido, y que en la ruta a la emancipación la naturaleza se presenta como la expresión de lo que son: americanos. La naturaleza actúa en cuanto agencia política que dispone en los americanos las características que le permiten presentarse como un otro autónomo que se hace parte del relato occidental en igualdad de condiciones. A la vez, que configuran un relato propio que se sustenta y fluye desde lo

natural con toda su carga simbólica, política y social. Lo ontológico es propuesto en el presente artículo como la ciencia de las esencias según lo expresa Edmund Husserl, y refiere a las condiciones o nociones esenciales que propician la identificación, o determinación de las condiciones fundamentales que definen la existencia en tanto ser (Ferrater, 1956). Con este marco, la identificación con un ser americano es inherente a la naturaleza americana, que desde una perspectiva negativa permite señalar que son americanos porque les han dejado claro que no son europeos, ni forman parte de la tradición occidental y ello se expresa en los continuos ataques a la naturaleza americana como forma de violencia simbólica.

• **Entre fábulas y exotismo; imaginar lo natural, hacer visible la naturaleza y conquistarla**

La naturaleza bajo la clave legible se entiende como una operación cultural que deviene en paisaje, espacio, lugar, panorama, vistas, geografía, parajes, territorio u otras formas de figuración. Se asume que su práctica, en cuanto representación –texto e imagen- es siempre de orden político, económico y discursivo, más que de índole sensible o estético.

A continuación, se traza un itinerario esencial a fin de exponer los momentos decisivos en la construcción imaginaria de América. Un esbozo de las cuantiosas intenciones de presentar, contener y visibilizar la naturaleza americana desde la arremetida de los españoles. Las maneras en que la mirada y el ojo imperial despliega sus mecánicas de invisibilización y visibilización, e instaura las nomenclaturas de transcripción-inscripción para la vegetación y fauna, también las de carácter antropológico que forjan las pautas tanto simbólicas, como materiales del armazón colonial.

Es plausible señalar que la impronta española de llamar descubrimiento al suceso que se da el 12 de Octubre de 1492, se debe a una operación política que se desarrolla a posteriori de la fecha sindicada. El nuevo mundo irrumpe con una abismante y concreta materialidad de su inédita geografía, sin embargo, no se acusa recibo de su embestida hasta el momento que es registrada cartográficamente y se hace visible, o, mejor dicho, la hacen visible como una parte más del inventario del mundo. En ese marco, lo que es señalado como condición inicial de la visibilidad del nuevo mundo de parte de los

conquistadores despunta en la certeza de Colón de haber llegado a Cipango o Cathay (Japón y China) es decir, desde su concepción –el nuevo mundo– se presenta como una tierra dislocada y marcada con una relación espectral bajo la tentativa de corresponder a otra parte del mundo –o del paraíso–. Edmundo O’Gorman (2014) señala que el descubrimiento de América redunda en la quimera de un descubrimiento que nunca existió como tal. Esto, en virtud de la delirante ignorancia del Almirante respecto del hallazgo, sumado al hecho que al momento de morir Cristóbal Colón tenía delirios mesiánicos y la certeza de haber encontrado el paraíso en la tierra, reconocible en sus cartas y diarios de viaje. El proceso discursivo de erigir a Colón como un insigne descubridor, con plena consciencia de su descubrimiento, y siguiendo lo propuesto por O’Gorman, compete a una operación efectuada con un desfase temporal cuya diseminación histórica se da desde las letras de su hijo; Fernando Colón, quien con un consistente e irrestricto apoyo del Padre Bartolomé de las Casas, enarbolan y mitifican la gesta llevada por Cristóbal Colón mediante los diarios de viajes.

La visibilidad de América, inicialmente, se da desde el texto (cartas, relaciones y crónicas) la palabra da la espesura para cruzar el Atlántico y figurar desde los vocablos las imágenes resonantes del nuevo mundo desde la escritura. Las voces del mismísimo Colón, Michele da Cuneo o Pedro Mártir de Anglería (Gerbi, 1992), edifican y organizan las bases sobre las que se administran los nacientes sentidos que inscriben lo natural como espacio simbólico y político, estas últimas, marcadas por las apreciaciones de los locutores. Tales actos enunciativos sitúan el comienzo de las prácticas imaginarias sobre el Nuevo Mundo con las aprensiones, fantasías y devaluaciones que marcan una constante en la forma de hacer visible América; con una acentuada distancia valorativa del conquistador sobre lo conquistado.

Las relaciones juegan un rol circunstancial en la mecánica de creación del modelo de pautas y descripciones de lo natural. Según señala Mignolo, al diferenciarse por la “escritura libre, de quien escribe” (1992, p. 71) de las primeras cartas, las relaciones constituyen una estructura formal y definida tanto para la descripción, como el tipo de información que se recoge de las Indias en cuanto a las características físicas del entorno. Se trata de un preciso cuestionario cuya normalización se desarrolla en un arco temporal que comprende desde 1505 hasta 1574 , donde Juan de Ovando y Godoy junto a Juan López de Velasco trabajan en la elaboración del orden y categorías que conforman la

batería de preguntas que comprenden a las Relaciones Geográficas de Indias, recopiladas en la obra de López de Velasco “Geografía y Descripción Universal de las Indias” (1574). De esta manera se avala e incentiva, desde la corona, una disposición primigeniamente dominante y autoritaria hacia lo natural, asumiendo –por parte de los colonizadores– la potestad de renombrar los elementos orgánicos e inorgánicos que conforman las nuevas regiones anexadas al imperio, mediante una lógica de inventario que estimula la sistematización, orden y registro de los rasgos naturales de las nuevas regiones. La información se clasifica según aspectos generales (las relaciones parten con cerca de cuarenta preguntas para terminar en doscientas preguntas) a otras más específicas, gracias a este fichaje se reemplaza con remozada sintonía y estructura la incapacidad de lenguaje –cognición– que el novísimo paraje presentaba para los conquistadores. Fungiendo en –y desde– el texto la figuración y presentación de América en consonancia a los esquemas lingüísticos dominantes, afirmando y marcando la distancia entre el modelo original del mundo (Europa-España) y lo nuevo que debe buscar un espacio primero de validación, luego de existencia y finalmente de utilidad económica.

Las relaciones se vinculan explícitamente a los intereses del imperio respecto las nuevas tierra y el nuevo mundo. Mediante las preguntas se evidencian, a lo menos, seis aspectos esenciales para el imperio español de ser inventariados: a) el nombre, e idealmente la etimología del lugar según el idioma nativo, b) su ubicación, según los principios cartográficos europeos, c) quién es (ha sido) el descubridor de esa zona, d) el temple –condiciones geográficas– y los aspectos climáticos más característicos, e) calidad de los suelos, cantidad de minerales, vegetación, y el agua f) distancia de la localidad con la Audiencia (civilización).

Las relaciones imponen una modalidad de control, archivo y administración de lo natural mediante una lógica de inventario. Surgen con una premisa de funcionalidad económica, que se sustenta en la urgencia de identificar, validar y controlar los puntos nodales –cruciales– de las prácticas políticas, simbólicas y ciertamente culturales presentes en el entorno americano. Todos esos elementos reúnen, combinan y administran las figuraciones imaginarias originarias de los primeros habitantes del novísimo cuarto continente. Desde la perspectiva de los conquistadores, relativo a un sistema de inventario que suscita y gestiona una inversión epistemológica del mundo natural indiano según necesidades económicas y lingüísticas, ambas se establecen desde un menosprecio

expresado en la persistente idea de un paraje exótico e incluso atractivo, pero degenerado y con tintes de monstruosidad que funciona de manera ambivalente; ya sea, como atractivo para la venta y socialización de los insumos obtenidos, como también, validación de los abusos al ser una obra limítrofe o marginal de Dios y por tanto corresponde ser reformulada. Asimismo, los propios nativos que experimentan una agresiva transformación discursiva –y simbólica– de su entorno, la incorporación violenta y forzosa de una nueva lengua completamente ajena cuya consecuencia es una reorganización radical de su mundo natural –y absoluto– que comienza con el giro desde la palabra e impacta en las condiciones imaginar su imagen y el futuro de esta.

Dada la cuantiosa recopilación de datos que se obtienen desde las relaciones, sumada a la influencia de una renovada concepción del conocimiento científico que revitaliza los clásicos modelos naturalistas de Aristóteles y Plinio; las Historias Naturales abren una nueva etapa y quizás la más significativa en la lógica de ordenar los pasos para la figuración de América. Marcadas por un fuerte carácter enciclopédico que instala en sus variados exponentes un armazón taxonómico específico para las desajustadas morfologías presentes en el nuevo mundo respecto los reinos naturales catalogados. Antonello Gerbi (1992) propone que la escritura de las cuantiosas Historias Naturales desarrolladas durante el siglo XVI y XVII toman el precepto de la “debilidad del nuevo mundo respecto al viejo” (p.15) que aún no se fundamenta desde una pretensión científica, como se daría en el siglo XVIII en las voces de Buffon, Hegel, De Pauw o Robertson por nombrar algunos. Por el contrario, lejos de una tesis objetiva, la temprana devaluación de la naturaleza americana nace en el momento de la llegada de Colón –como ya se ha mencionado– responde a explícitas intenciones políticas de dominación, y, en consecuencia, es posible subrayar que se trata de una práctica organizada en el uso de la naturaleza de dimensiones imaginarias, pero ciertamente políticas y socializadas bajo un carácter formal –Historia– amparado en un saber/poder (Foucault, 2022).

El primer cronista oficial de las Indias, nombrado por Carlos V, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, es descrito en la perspectiva de Antonello Gerbi (1993) como el más grande de los antiguos descriptores de la naturaleza americana, y que en tal prestancia las insignes obra de Oviedo “Sumario de la Natural Historia de las Indias” (1526) e “Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra firme del mar océano”

(1535) observan con agudeza las peculiaridades y diferencias físicas entre los animales de Europa y América, en palabras de Gerbi:

Porque la férvida y gloriosa “naturaleza de América” no ha encontrado su modelador y su cantor, ni épico ni lírico, se halla en la más estrecha relación con la máxima fundamental de la historiografía de Oviedo: la preeminencia de la cosa vista sobre la cosa referida por otro (1992, p. 279).

Respecto al axioma de Oviedo; de lo observado por sobre lo escuchado, el historiador italiano Gerbi busca hacer alusión a la polémica suscitada con el cronista Don Pedro Mártir de Anglería y su obra “Las décadas del Nuevo Mundo”, la que escribe en base a relaciones epistolares sin pisar, ver ni conocer América. No obstante, fuera de la constatación visual que Oviedo resalta, lo medular en ambos es el esquema de figuración que se articula en la semejanza y diferencia, más allá del asombro que causaban las características del nuevo mundo al ser vistas, leídas o escuchadas. Es decir, la categorización de lo que es propio –conocido– y lo ajeno en un sistema axial que condiciona la lectura –recepción– de lo desconocido, en ello el historiador Oviedo (cit. Gerbi 1992) indica:

Qual ingenio mortal sabrá comprehender tanta diversidad de lenguas, de hábito, de costumbres en los hombres destas Indias, tanta variedad de animales..., tanta multitud innarrable de árboles..., plantas y hiervas útiles..., [más] otras innumerables que a él no son conocidas..., tantas diferencias de rosas e flores e olorosa fragancia? (p.312).

La estructura de las Historias Naturales mantiene cierto diálogo con las relaciones, pero se traducen a las consideraciones científicas de organizar la naturaleza en reinos: mineral, vegetal y animal que se articulan –en el caso indiano– según su novedad, variación con lo conocido (león cobarde), lo innombrable y monstruoso “sin olvidar las fieras, los volcanes, las aves de rapiña e las montañas tan diferenciadas e bravas” (Oviedo, cit. Gerbi 1992, p. 312). Este último aspecto de anómalo daría paso a las conjeturas imaginarias y fantasiosas más inauditas de la época. Las circunstancias enunciativas en las que se

concibe lo nuevo e ignoto es resuelto mediante curiosos ensambles de lo conocido para figurar lo desconocido, dando paso a una galería de seres fantásticos que evocan las imágenes primigenias de una América desconocida y exótica a través de seres antropomórficos con colas, de color azul, sin cabeza, excesivamente peludos, con caras en el torso y una cuantiosa fauna que promueve una condición mágica. Una plétora de fantasías para el cuarto continente, las que incluso se mantienen hasta hoy transcritas en el exotismo de los parajes que alimentan un copioso turismo.

La producción de Historias Naturales es abundante, y ciertamente se presentan como una unidad de análisis robusta que demanda un proceso de investigación particular. Por tanto, se indican algunos nombres o referencias en la lógica de exhibir la relevancia de la operación textual y visual en torno a la naturaleza indiana, con eso en mente se pasan indicar las más significativas.

La obra del padre José Pedro de Acosta con su “Historia Natural y Moral de las Indias” en 1590 prosigue con el modelo estructural ya señalado, y el mismo de Acosta agrega; “que no pretendo más de ir apuntando algunas cosas naturales que estando en Indias vi y consideré, o las oí de personas muy fidedignas, y me parece no están en Europa tan comúnmente sabidas” (2008, p. 59), la propiedad de la obra del religioso radica en situar a Chile dentro del relato natural. Lo hace primero señalando las dificultades para llegar y la complejidad esencial de sortear el paso de la Cordillera “En tiempos pasados caminaban los españoles del Pirú al reino de Chile por la sierra, agora se va de ordinario por mar y algunas veces por la costa: que, aunque es trabajoso y molestísimo camino, no tiene el peligro que el otro camino de la sierra” (2008, p. 71) agrega las consecuencias del paso de uno de los sobrevivientes de la expedición de Almagro “al general Jerónimo Castilla, ..., al que le faltaban tres o cuatro dedos de los pies que, pasando por aquel despoblado a Chile, se le cayeron: porque, penetrados de aquel airecillo, cuando los fue a mirar estaban muertos”.

Una vez descrita la dificultad de acceso a Chile, comienza el proceso de enumeración, y ella se desarrolla de la misma manera que en el resto de las Historias Naturales, con la medición en virtud de la regla de la buena naturaleza; Europa. Sin embargo, dada la ubicación austral el padre Acosta establece un equilibrio de la naturaleza chilena argumentando:

La tierra que más se parece a España y a las demás regiones de Europa de todas las Indias Occidentales es el reino de Chile, el cual sale de la regla de esotras tierras, por ser fuera de la Tórrida y Trópico de Capricornio su asiento. Es tierra de suyo fértil y fresca, lleva todo género de frutos de España. Dase vino y pan en abundancia, es copiosa de pastos y ganados: el temple sano y templado, entre calor y frío....,tiene copia de oro muy fino (2008, p. 90).

Asimismo, incorpora la región del Río de la plata y la expone en relación a un punto intermedio entre Argentina y Brasil, sin embargo, la referencia tiene por objetivo situar la posible ubicación del Dorado y la Ciudad de los Césares:

unos que dicen que toda es tierra anegadiza, llena de lagunas y pantanos, y de otros que afirman haber allí grandes y floridos reinos, y fabrican allí el Paititi y el Dorado y los Césares, y dicen haber cosas maravillosas..., y donde viene a angostarse la tierra, que es el Río de la Plata y después Tucumán, dando vuelta a Chile y a los Charcas” (2008, p. 91).

Otra referencia temprana al Río de la Plata se da en la “Historia General de las Indias” (1552) de Francisco López de Gomara.

La última referencia sobre la triada de países que conforman el núcleo de la presente investigación es la “Histórica Relación del Reyno de Chile” (1646) del jesuita Alonso de Ovalle. Al igual que sus antecesores desarrolla el texto apoyado en una persistente comparación con España y Europa, argumenta que la documentación histórica del Reino de Chile responde a una urgente necesidad “en muchas partes ni aún sabían su nombre, me hallé obligado á satisfacer el deseo de los que me instaron diese á conocer lo que tan digno era de saberse” (prólogo). La Histórica se compone de tres libros, donde el primer libro funciona como una historia natural promedio. Sin embargo, su relevancia y aspecto diferenciador está presente en el giro de orden visual que el jesuita promueve marcando el tránsito conceptual de naturaleza a paisaje. Si bien, probablemente, Ovalle haya utilizado el vocablo paisaje bajo una condición estilística, en el texto se hace reconocible que hay un cambio de disposición del autor respecto al entorno natural indudablemente dialogante con el concepto de paisaje, comprendida esta última como

una categoría que se funda en una relación esencialmente visual (observador) y que sólo puede concebirse desde un acto ocular que es resultado de una mirada prefigurada, por tanto legible como una práctica cultural embebida de las tramas simbólicas que emanan del imaginario.

Tanto el guiño de Ovalle al paisaje, en cuanto principio conceptual, y la máxima de “la cosa vista” de Oviedo. Dan sustento ambas a un aspecto crucial de la presente propuesta; la imbricada y problemática lógica detrás de la conformación de un imaginario natural de América por parte de los conquistadores y el efecto de rebase hacia el resto de Europa, que se disemina y transcribe bajo la forma de otras textualidades, imágenes fantasiosas y exóticas, o directamente, en un programa sostenido de ataques, devaluaciones o comparaciones a la noción de una naturaleza desajustada del canon que ese imaginario alimenta.

Por otra parte, el surgimiento de una epistemología visual que sustente el acto de ver como medio de conocimiento válido constituye un motor esencial para la lógica de producción de imágenes de América, particularmente, bajo la forma de estudios botánicos y de fauna que se presentan como la evolución disciplinar del sistema de categorización que utilizan las historias naturales en su progresión al siglo próximo –XVIII– instando la incorporación de la imagen como vicaria del conocimiento. Siendo parte de un extenso y complejo proceso que forja parte sustantiva del proceso moderno: la constitución de un observador científico. El observador, es el resultado de múltiples factores entre los que destacan: la cámara oscura, la invención de la perspectiva, y las prácticas e investigaciones ópticas desarrolladas por Descartes y Leibniz (entre otros) en el transcurso de los siglos XVII y XVIII. Ellos fungen la investidura de un ojo rector descorporizado, ubicuo y objetivo (desprovisto de toda subjetividad), el filósofo colombiano Santiago Castro-Gómez comenta “el observador estaría en la capacidad de adoptar una mirada soberana sobre el mundo, cuyo poder radicaría precisamente en que no puede ser observada ni representada [...] Esta pretensión, que recuerda la imagen teológica del Deus absconditus (que observa sin ser observado)” (2005, p. 18). De manera que en el acto de observar con fines científicos, establece en sí mismo, un posicionamiento de autoridad que se refuerza en la medida que dicha mirada tiene por objeto determinar categorías, características e inscripciones de tipo epistemológico.

La complejión de un imaginario en manos de los conquistadores, con un marcado componente natural, tiene un problema ontológico que se expresa en la imposibilidad de concebir una clave legible visual y no sólo en términos textuales (Mignolo, 1992) para figurar todo lo que se les presenta como nuevo. Imaginar, entendida esta como la condición de visualizar imágenes mentales, únicamente en base a la correspondencia con lo conocido o registrado, por tanto, lo imaginable se organiza a modo de archivo. Implica una incapacidad capital para los españoles de convertir en imagen o figura aquello que no se conoce ni se ha visto nunca, pues como acertadamente señala Andreas Huyssen: “no hay memoria [registro] sin imágenes, no hay conocimiento sin posibilidad de ver, aún si las imágenes no pueden proporcionar un conocimiento total” (Martínez, 2009, p. 21) bajo esta lógica, observar sería un acto de asociación de tipo epistemológica.

La producción de imágenes tempranas sobre la exuberancia, y al mismo tiempo, anómalo del espacio indiano se han generado a partir de una écfrasis; es decir, la representación verbal de una imagen que no se ha visto –en tanto mirada– en los términos que Oviedo expresa. Esta aparente aporía despliega un espacio de reflexión que facilita vislumbrar e iluminar cierta comprensión, en cuanto, la necesidad de los europeos de comparar la fauna y vegetación encontrada en América con lo conocido, dado que de otra manera no podrían imaginar lo descrito, a fin de plasmarlo en imagen. Al ser una comparación, inevitablemente se produce una categorización que implica una asimetría en virtud del original y la copia, o el modelo y lo representado, de ahí que la mecánica funcional de la trama imaginaria se nutre de antecedentes para reimaginar nuevos derroteros simbólicos y proyectar otros niveles de figuración imaginaria, en un ciclo continuo. En ese sentido, las imágenes –que existen en la medida que se corresponden al imaginario- tanto del conquistador como del conquistado cohabitan toda vez que se modelen las pautas sobre las cuales será recibida esa imagen: “lo natural se representa a sí mismo, desplegando una identificación –idea– de lo real, que se corresponde con la realidad de nuestras propias imágenes [imaginario]” (Mitchell, 2022, p. 14).

No deja de ser curioso que la corona española no articulara una férrea defensa ante los ataques y devaluaciones que se hacían a la naturaleza de América, por parte del resto de Europa (Italia e Inglaterra particularmente) en el entendido que se trataba de su territorio, y las extensiones del imperio español. Del mismo modo que no ofreciera otro tipo de estrategias discursivas antes las fabulosas ficciones que se creaban a partir de la

fauna, vegetación y habitantes. Probablemente, en algún punto, el imperio se beneficia de estar en posesión, control y dominación de esa calaña de criaturas. Con dimensiones gigantescas, antropófagos salvajes, vegetación exuberante e inaccesible junto a bestias innombrables, que están bajo el mandato de la poderosa España, la condición de forjar el imaginario desde lo anómalo delinea –aparentemente– parámetros de grandeza para la corona.

La acción de disminuir las nacientes colonias españolas en el nuevo mundo a través de la creación e imposición de un imaginario que apela a un entorno natural deficiente, o parafraseando a Buffon; inmaduro, es sin duda alguna un acto de colonialidad. La imposición paulatina de un sistema histórico que legitima la superioridad europea y española desde una aproximación epistemológica, económica y de clase. Es válido indicar que este eje de colonialidad, como lo expone Aníbal Quijano (2014), se establece desde una relación de asimetría que delimita las condiciones de abuso por parte del colonizador que, en el ámbito de la discusión en curso, se amplifica por factores geográficos y naturales. No obstante, otro aspecto relevante es la manera en la que se implanta –de forma consciente o inconsciente– desde Europa la relación de superioridad que no está únicamente en la lógica del cuestionado origen de los americanos o el color de la piel, también se amplifica en el ya comentado vínculo entre naturaleza y las eventuales características biológicas de los habitantes definidas e influenciadas por el entorno.

Los discursos que surgen desde el resto de Europa acerca del hallazgo de un nuevo continente son inicialmente distantes de la concepción española de Indias Occidentales. Inicialmente, estos utilizan la naturaleza como una forma de medición o de estado evolutivo con alcances antropológicos, a modo de *axis* que sitúa desde la perspectiva europea una infranqueable asimetría respecto al nuevo mundo, que demanda una enmienda a la degeneración de lo natural gracias a la intervención imperial.

El campo de fuerzas que se genera a consecuencia del sostenido uso político de la naturaleza propició un punto de inflexión dada las continuas descalificaciones a lo americano, forjando una fisura irreconciliable que resalta la diferencia entre los españoles de la península y los españoles americanos. Situación que posteriormente define, junto a otros factores, la emancipación de las colonias con la subsecuente valorización de la tierra y la geografía americana como valor constitutivo del proceso de independencia.

Sin embargo, y ante el progresivo despertar del anhelo independentista de los criollos, la corona española determina la transición de una naturaleza salvaje y exótica a una naturaleza con nuevos potenciales de explotación económica, que van más allá de las iniciales exigencias de minerales. Esto lo hace con la implementación de una serie de expediciones que tienen por finalidad describir, y ahora, elevar la naturaleza americana a la característica de diferencia y singularidad como valor de cambio. Es decir, ya no se trata de un entorno irregular o extraño comparado con las latitudes europeas, muy por el contrario, se eleva su jerarquía a efectos de la naciente y fulgurante deseo exploratorio que pregonaba los viajes científicos, se trata de una nueva dimensión en la relación del imperio y la administración material e imaginaria de la naturaleza americana.

La progresión enciclopédica de las historias naturales, según Daniela Bleichmar (2016) son la puerta de acceso a los problemas teóricos de la modernidad. Son una reinscripción del sistema de conocimiento, por lo tanto, rearticulan las prácticas culturales y el imaginario natural de América, a lo que agrega “La historia natural, y en especial la botánica, prometía dar una respuesta a las inquietudes españolas por la utilidad, la ganancia y la búsqueda de renovación del poder político y económico tanto en la península como en todo el imperio” (Bleichmar, 2016, p. 21).

Durante el siglo XVIII en Europa se desarrolla con intensidad una nueva comprensión del mundo, en ella se cristalizan las bases del positivismo que será el marco sobre el que se asienta el proceso moderno. Tal novedad refiere al naturalismo ilustrado, que bajo la influencia de la Ilustración y la nueva potencia de la razón occidentalizada busca organizar el mundo según determinados tipos de clasificaciones, asimismo, surge la enciclopedia con la irrestricta intención de contener el saber, o, cierto saber, según la lógica de categorías y una mirada homogénea del mundo. Algunos hitos que definen lo señalado son la publicación de *Philosophia Botánica* de Linneo (1751), Enciclopedia – Diccionario razonado de las ciencias, artes y oficios– de Diderot y d’Alembert (1757) y el Sistema lógico de Nomenclatura química de Lavoisier (1787) el impacto de este proceso se manifiesta en un desborde de investigaciones botánicas o expediciones naturales a lo largo y ancho del planeta, cuyas metodologías y sistemas de clasificación natural están influenciadas por el modelo taxonómico de Linneo, canon del orden y matiz del tipo de conocimiento para el asentamiento de una nueva etapa en el desarrollo de la ciencia europea.

A partir de este período, la visión adquiere y ostenta un privilegio de verdad que avala, identifica, categoriza, separa, elimina o rescata desde los parámetros que señala cada categoría o taxonomía. Se trata de un ojo imperial que controla lo que entra y lo que sale del Gabinete, una posición mejorada que da cuenta de una nueva subjetividad que irrumpe de forma radical dentro del período de la ilustración. Sin embargo, su génesis es anterior, en ella se combinan elementos importantes de destacar por su importancia en el funcionamiento y lógica del ojo imperial junto a la constitución del gabinete de ciencias como espacio de validación epistemológica.

Dentro de un esquema genealógico, el ojo imperial resulta del cambio en las prácticas que surgen dada la readecuación del modelo medieval de conocimiento, ocasionado por la asimilación de nuevas técnicas y procedimientos en el tránsito del Renacimiento a la revolución científica. Entre los procedimientos, la cámara oscura es un mecanismo que exterioriza y materializa el funcionamiento del ojo, Jonathan Crary (1991) propone una lectura crítica del artefacto técnico, en tanto, que la cámara oscura por un período de casi tres siglos (1500-1700) introduce, administra y socializa un conjunto de formas, prácticas, lógicas y pautas que organizan lo visible y cognoscible bajo las normas de un nuevo observador que sintetiza una nueva forma de subjetividad. Si bien, no es el único esquema de visión de la época, es el más dominante. El dispositivo óptico, administra la relación entre el observador y lo observado, en base a una separación ontológica de un adentro y afuera.

En una proposición de carácter epistemológico Jonathan Crary describe que la cámara oscura es el modelo y la prueba empírica que valida el modelo científico de observación que nace desde el siglo XVII. Donde un observador posa una mirada sin cuerpo sobre un objeto de forma impositiva, ajena y desafectada. De esta forma se implementa uno de los principios más significativos del quehacer científico: la mirada objetiva que figura a un observador científico: descorporizado y ajeno a toda aprehensión sensible.

La correspondencia entre la cámara oscura y el esquema de observación científica se cristaliza en la imagen del observador situado fuera del eje de visión, su participación es independiente del acto visual. El orificio que deja entrar luz (como ojo) la proyección en el fondo (retina) sucede independiente de la posible acción de un agente externo (el

sujeto dentro de la cámara). De esta manera se constituye la relación del observador con lo observado, ambos, como entidades apartes y pertenecientes a “mundos” distintos.

El observador científico propuesto por Cray (1991), vuelve sustantiva la importancia de la mirada. En ello conjuga la recepción crítica del acto visual y suscita su desplazamiento hacia una reflexión política, presente en la acción de elegir y decidir el tipo de clasificación o categoría a asignar. A partir de las condiciones de mirada se evidencian los encuadres y marcos que definen los contextos históricos, políticos y económicos que dan forma –y agencia– al mundo social, donde el uso de clasificaciones resuena en las distintas nociones, efectos y afectos que dichas categorizaciones promueven. Cada una de ellas administra una aproximación a lo real con la cualidad de sesgar la visión del mundo, y asociar pautas de interpretación específicas para cada una de las clasificaciones que se le adscriban. En este caso, de orden natural.

El ojo imperial y la potestad que ostenta al promover –y muchas veces fijar– las condiciones de recepción de tal o cual objeto bajo una u otra categoría, es consecuencia de un extenso e intrincado proceso que combina ciencia, política y economía. En consecuencia, la condición sine qua non de objetividad inherente al desarrollo de la ciencia desde el siglo XVII, al que el naturalismo contribuye mediante las representaciones botánicas articulan una nueva trama imaginaria para América ahora reinterpretada bajo un prisma científico. Ante esto, es de suma relevancia atender a la sinergia entre ciencia y economía que resulta de este proceso de clasificación taxonómica de evidentes motivaciones científicas, pero conjugado por una lógica económica que funciona de manera rectora para disponer al mercado de insumos que presentan al nuevo continente como un productor de mercancías que gozan de la validación central, imperial y europea. Los gabinetes de ciencia han de ser administrados para el desarrollo del saber, y abrirse paralelamente a las exigencias de la práctica económica, a saber, las distancias de viaje eran rotundas y la posibilidad que los especímenes herbolarios llegaran en condiciones de ser estudiados era al menos, difícil. Por consecuencia, los exploradores eran eximios dibujantes, o bien, se hacían acompañar por uno a fin de lograr la mejor presentación del objeto de estudio cuya realización óptima daba cuenta de distintos cortes y estadios en la vida de la muestra. Toda la validación científica estaba en la correcta aplicación del modelo de representación que tenía como prioridad esencial el recorte de la muestra de su contexto.

Las ilustraciones botánicas se presentan segmentadas sobre hojas en blanco, descontextualizadas, no se les dibuja el entorno geográfico, ni los animales que la circundan o mucho menos los habitantes que se pudiesen alimentar de ella. La lámina botánica realiza la misma función que un signo, toma el lugar de lo estudiado en una representación científica. Los naturalistas les confieren mayor importancia a las imágenes que a la constatación directa y efectiva de los objetos naturales que atienden, la mayoría de ellos no sale del gabinete y desarrolla el trabajo en función de las láminas ilustradas es una forma de conocimiento radicalmente visual que permite conocer por medio de la imagen independiente de la ubicación, así también, una manera de homologar las especies y encapsular el labor taxonómico bajo un proceder aséptico. El hecho que al botánico le lleguen las especies del resto del mundo, o de América, es la imagen exacta del conocimiento siendo cooptado por una estructura eurocéntrica y colonial.

Mediante las láminas se intenta homogeneizar las formas de obtener conocimiento, empero, en la base de esta forma de asimilar las presentaciones de la fauna está la noción, o juicio, respecto la vegetación y fauna americana. Lugar que los naturalistas europeos ya han ostentado por décadas junto a una posición de privilegio y superioridad al tomar como punto inicial de las investigaciones de especies americana, que cualquier anomalía o diferencia es posible en virtud de las condiciones de exotismo y degeneración de las nuevas vegetaciones (Gerbi, 1993). En el gabinete toda la posibilidad de conocimiento está limitada a la comparación con lo conocido, en consecuencia, algo es mejor o peor, similar o disímil no hay espacio a la diferencia. Es la concreción de occidente, Europa como medida del mundo, las ilustraciones, como las narraciones emborronan la geografía, la distancia y la alteridad.

Cabe señalar que el desarrollo e incentivo por parte de España en las expediciones naturales, tiene al menos dos dimensiones a describir. Por una parte, participar aunque sea tardíamente de la construcción de un saber universal gracias a la creación, edición y difusión de ilustraciones botánicas cuya finalidad es integrar parte del nuevo relato moderno. De esta forma, los españoles aportan una considerable cantidad de especímenes “más de 12.000 láminas de ilustración botánica, provenientes de América” (Bleichmar, 2016) que ingresan al Gabinete de estudio. El otro elemento da cuenta que junto con dar mayor cabida y expandir los intereses del naturalismo ilustrado, la corona española vislumbra la posibilidad de encontrar nuevas potenciales mercancías que explotar y

competir estrechamente con Holanda por el liderazgo económico en la venta de especias. Guiados por ese ímpetu el imperio puso en marcha grandes empresas con el fin de equiparar la calidad, o bien, demostrar las cualidades de la pimienta, canela y té del nuevo mundo. No obstante, el resultado fue infructuoso debido a las descoordinaciones entre las colonias americanas y Europa además de las complejidades logísticas por la distancia.

En síntesis, se establecen dos corrientes del naturalismo ilustrado impulsado por España, una relativa a la botánica taxonómica que torna visible al imperio junto a la exaltación de la vastedad de las colonias americanas en la ciencia europea, mientras que la segunda hace relación a la botánica económica en su finalidad de cultivar, explotar, transportar y comercializar bienes naturales, que no logra cumplir a cabalidad las expectativas económicas al no lograr monopolizar el comercio de especies y con ello difuminar la posibilidad de catapultar a España como una súper potencia comercial.

Ambos esfuerzos confluyen en el hecho de conjugar la relación entre ciencia y economía bajo un prisma político, también disputar y dominar el relato de lo natural en América tanto por parte de los y sus historias naturales como de los detractores europeos. Todo lo anterior gravita en torno a las condiciones de mirada y el rol de lo visual como fenómeno político.

Exégesis de la naturaleza, primero Dios y después la nación

La influencia de la Compañía de Jesús es preponderante para examinar las relaciones implícitas en las figuraciones de la naturaleza y vislumbrar los tránsitos conceptuales, discursivos y políticos en las maneras de representar América, tanto en términos escritos y orales, como en términos visuales. Siendo este último, el énfasis de la investigación que se presenta. El protagonismo de los jesuitas en la conformación y desarrollo de escuelas, las universidades, y en conjunto a las investigaciones específicas de sus correligionarios sustentan el uso de la naturaleza como un eje transversal de prácticas políticas, simbólicas e imaginarias que trascienden siglos mediante una continua renovación, (Castoriadis, 2013) a fin de expresar desde una relación de signo –imaginario– móvil la correlación de sentidos culturales en la naturaleza que tributan a distintos tópicos (conquista, emancipación, conformación estados nación, centenarios, etc.), siendo todos afines a una intencionalidad política.

Las cualidades ontológicas de la naturaleza en América se expresan en los múltiples llamados y las profusas alocuciones que a lo largo del tiempo exaltan cualidades y características de lo natural como factores determinantes de lo americano, con un marcado carácter de singularidad, siendo clave considerar que en las obras jesuitas

destaca(n) con especial atención los valores simbólicos y emblemáticos de la flora y fauna de las nuevas regiones descubiertas, estas obras actualizaban el tema del conocimiento del mundo natural americano para comprenderlo y asimilarlo en un contexto simbólico eminentemente europeo, marcado por una visión religiosa providencialista y por tendencias filosóficas idealistas (2005, Ledezma, p. 54).

Sustento para que dichos aspectos –naturales– de orden descriptivo, simbólico y valórico se amalgamen en la devenida palabra: nación, como resultado de una mixtura de elementos conceptuales provenientes de Europa con el toque sui generis de las elites americanas. De esta manera, la figuración de la naturaleza americana se presenta constantemente desde una potencial condición de catalizador político que habilita el surgimiento de los procesos de emancipación en el Nuevo Mundo, siendo la naturaleza un factor medular para tales fines. Esta condición de la naturaleza en América tributa estrechamente con una característica central en la manera que la Compañía de Jesús aborda la naturaleza americana; aproximación exegética a lo natural. Los jesuitas consideran que en la naturaleza están presentes símbolos, misterios y presencias que exceden las cualidades materiales de la misma, dotando a la naturaleza de una condición mística. Para ellos se trata de la incansable observación, y búsqueda por identificar los designios divinos del creador presentes en la más impresionante de sus obras: la naturaleza, y desentramar una legibilidad implícita. En ese sentido; Domingo Ledezma y Luis Millones, señalan que “el interés en los aspectos maravillosos y ocultos de la naturaleza privilegiaba una aproximación en su estudio que subrayaba lo simbólico, lo imaginativo y lo fantástico” (2005, Ledezma, p. 54). A la luz de este antecedente, es factible señalar que el atributo exegético asociado a lo natural deviene en una constante que trasunta en el decurso de América desde lo religioso a lo político. Ambos polos están en claves similares, en cuanto, la intencionalidad de promover una articulación de poder. Tal ligadura es resultado de una base religiosa que progresa en una mirada política de lo

natural, y propicia la base de comprensión del por qué la naturaleza juega un rol político central para sus habitantes. Vale relevar que dicha exégesis se asimila y figura bajo una imagen que articula lugar y espacio, a través de una interpretación cristalizada en paisaje.

La consideración exegetica de la naturaleza, es situada como un factor de origen para las agencias políticas que la naturaleza ofrece y dispone en América. Por tanto, el punto de partida de esta práctica se da con la llegada de los jesuitas a América, “Los jesuitas llegaron al Nuevo Mundo a convertir y educar” (Ledezma, 2005, p. 9). Este principio instituye la robusta puesta en marcha de todo el aparataje académico y formativo que enmarca buena parte del desarrollo del conocimiento en el Nuevo Mundo, e influye de manera directa en la intencionalidad de autonomía para los españoles americanos y americanos como consecuencia de una de las tareas fundamentales de la orden; educar a las élites, sin mediar que en ese gesto se estaba jugando el futuro de nuestra América.

Los jesuitas difunden buena parte de su producción intelectual mediante la producción bibliográfica, sin embargo, el corazón de la divulgación del saber jesuita habita sus universidades y colegios. Punto neural desde donde tempranamente se entrega el conocimiento de la naturaleza como un lugar de saber por develar, cuya lectura implica una aproximación acorde a los dictámenes de la ciencia, pero con una cuota de saber hermético; Ledezma complementa:

La aproximación de Nieremberg en el estudio de la naturaleza se basa en la creencia de que ésta es una copia de la sabiduría y omnipotencia de su autor. Propone entonces su estudio para descubrir en lo creado las manifestaciones de lo ultrasensible y de lo oculto. Postula la noción de las correspondencias entre dos planos de la creación: el mundo de lo visible que no es más que reflejo y espejo del plano de lo invisible (2005, p. 59).

Dotándola de un atributo y funcionalidad simbólica cuya intención originaria busca resguardar la relación de un modelo de orden divino, que se figura en “la búsqueda de un conocimiento primigenio de la naturaleza que, creían algunos jesuitas, se hallaba oculto en las remotas regiones de las Indias occidentales” (2005, p. 12). Iniciando una administración sensible del entorno natural que indistintamente del objetivo sagrado que persiguen los jesuitas, robustece el talante político de lo natural en cuánto la potencialidad

de articular sentidos, valores y prácticas desde ella. Adjudicando a un aspecto material, como es la naturaleza, de una cualidad dual e intangible con agencia política.

Las razones que guían a los religiosos de la Compañía de Jesús para buscar respuestas a los misterios de las escrituras y el plan divino, según lo indica Millones y Ledezma, se basa en pesquisar tales respuestas en la singular fastuosidad de lo natural en América; “El encuentro con una flora y fauna novedosa, y la necesidad para sus fines evangélicos de entender la historia y costumbres de los habitantes de las misiones, fueron para los jesuitas un estímulo intelectual que enriquecía su misión apostólica” (2005, p. 10). Responde a una combinación de factores espirituales, territoriales, epistemológicos y políticos cuya confluencia ocurre en lo natural a modo de reflejo del orden social; “La raigambre neoplatónica de la visión de la naturaleza como imagen visible de un plano superior, contiene la idea de que los seres coexisten en relación como eslabones de una cadena. La existencia de los seres es concebida dentro de un inmenso y complejo orden de relaciones, establecido jerárquicamente en una escala que va desde lo más nimio hasta la cima de la perfección divina (Lovejoy 1966, p. 59, en Ledezma, 2005, p. 61). Esta concepción marca un punto de inflexión para la puesta en marcha de una operación política con centro en la naturaleza del Nuevo Mundo que asienta el tránsito desde la concepción espiritual a una matriz colonial de poder (Quijano, 2014) que otorga un valor de propiedad para la dominación y explotación de la naturaleza. En una clave donde el exotismo de los parajes americanos da cuenta de la grandeza imperial (Bleichmar, 2012) hacia una matriz que busca superar dicha primera etapa de colonialidad, proponiendo una adecuación de orden discursivo por parte de las élites en los albores de los estados-nación en América a través la incorporación y adecuación de un componente científico. Independientemente de los desplazamientos señalados conserva el talante dual que el insigne maestro jesuita Nieremberg define de la siguiente manera “en el estudio del mundo natural deben distinguirse claramente dos planos, el literal y el interpretativo” (Ledezma, 2005, p. 64).

La adecuación de la ciencia jesuita, en tanto, punto intermedio entre un aún existente pensamiento mágico, que habita la naturaleza en consonante disonancia con los principios empíricos y formales de los siglos XVI al XVIII presentes en la propuesta taxonómica de Linneo, refiere a otro estadio de validación del mundo. La subsecuente incorporación de la ciencia en los discursos relativos a lo natural promueve a modo de

tabula rasa características, usos y propiedades de lo natural que confieren otra dimensión de valor y sustento al mundo, en su avance a otro paradigma de orden y comprensión circunscrito a la modernidad.

Disputa naturalista de América

La reyerta cruzada entre criollos y europeos por asumir la posición dominante en la representación de la naturaleza americana, define el nuevo panorama que presenta a la naturaleza como la imagen y el lugar que estimula el surgimiento de una temerosa, pero temprana influencia de la Ilustración en América; dicho espacio se vuelve posible debido al desencuentro e histórico desdén de España por la geografía americana. Las reiteradas pautas, extensamente señalada en el presente texto, referentes a la devaluación del entorno natural por parte de los españoles, propicia en los criollos –españoles americanos– una estrecha cercanía por la majestuosidad de la naturaleza americana, quedando así, un intersticio entre ambas posturas. Así, la obra de los jesuitas expulsos; Francisco Javier Clavigero y Juan Ignacio Molina, toma un fulgor particular: “fueron elocuentes en sus elogios a la inteligencia criolla, así como describieron de modo idílico la naturaleza y las culturas precolombinas o las costumbres contemporáneas de los indígenas” (Góngora, 1998, p. 182) según indica éste historiador.

Lo trascendente de imaginar y presentar la naturaleza como el espacio del proceso emancipatorio, es dar valor a la manifestación más íntima de los americanos con su contexto físico y espacial. En palabras de Gerbi (1993) “El orgullo americano nacía como ponderación de los méritos físicos del terruño, y no como vanagloria de una herencia histórica o de una mítica antigüedad [en la alusión al valor histórico de los españoles]” (p. 229). El gesto de Clavigero y Molina, es visceral. Donde la afrenta abierta del criollo mejicano en contra de Cornelius de Pauw es una declaración de autonomía intelectual. Así también Molina, si bien más matizado en su estrategia y menos confrontacional que Clavigero, deja clara su posición frente a Robertson y las circunstancias climáticas que argumenta el escocés. En suma, ambos cuestionan el *statu quo* antropológico, validan la condición de americanos (Mejicanos y Chilenos –araucanos–) y se reconocen en la tierra americana, un claro indicio en la obra de los jesuitas expulsos de diseminar la influencia del pensamiento ilustrado. La naturaleza que los cobijó les da el ímpetu de emancipar el

pensamiento y reclamar la reorganización de la naturaleza con nuevas denominaciones, clasificaciones y especies. Abriendo el fuego en el sustrato esencial –la gran disputa– imaginar América por los americanos.

La huella del pensamiento rebelde de Clavigero y Molina delinea nuevos bordes, que hacen posible la irrupción de otros modos de pensar, y en el caso de los criollos, la tentativa de gobernar. La primera disputa es sobre el territorio, que solo se hace presente en los distintos registros que lo presentan y configuran; el imaginario natural americano, la delimitación de representaciones, modelos de ver y conocer, el desvío epistemológico por parte de los americanos en el exilio itálico, ver y hacer ver América. La imagen y el proceso de los naturalistas (botánicos) junto a la taxonomía desarticula los objetos, los secuestra del contexto en el que se desarrollan, y, por tanto, propicia operaciones que invisibiliza las zonas y sujetos que el imperio no quiere visibilizar. Por tal razón, las historias naturales de los jesuitas expulsos son un claro indicador de una revolución en las formas de ver, escribir y pensar América, ya que estas re-articulan los registros en otra clave y perspectiva, sitúan un lugar de enunciación independiente.

En su condición de insumo discursivo las Historias Naturales posibilitan revelar la progresión de orden ontológico –y político– que la naturaleza ha protagonizado en América. Primero escritas por dictamen de la corona bajo la misión de nombrar, describir y controlar la naturaleza del novel mundo. Y luego ser el campo de batalla de la trastienda llamada “disputa del nuevo mundo”, dando cuenta de los desencuentros epistemológicos que América genera para, el aún en ciernes, relato positivista, europeo y moderno. Narrativa que se edifica en correlación al ascendente reconocimiento y validación del discurso científico como horizonte del mundo, donde las Historias Naturales devienen en la enciclopedia: un modelo de categorización y orden del mundo. En la contraparte de la mencionada disputa se ubican la producción de Historia Naturales surgidas de la mano de los jesuitas expulsos quiénes realizan el ejercicio de subvertir y reajustar, bajo los patrones establecidos, las nociones científicas en un acto de rebelión epistémica, que dispone una clave fundamental para el surgimiento de los estados-nación.

Lo anteriormente indicado esboza un expedito balance del desarrollo del fenómeno hasta este punto, con la finalidad de enfatizar en un paradigma de uso y orden de la naturaleza –por tanto, de la triada– como instrumento político que encuadra el contexto histórico del proceso de conquista, colonia y emancipación. De esta forma,

acentuar la influencia de un esquema de conocimiento, como lo son las Historias Naturales, cuya actualización se dan en los viajes científicos llevados a cabo por los nacientes estados-nación durante el siglo XIX. Atendiendo a ambas estrategias como formas de validación para los proyectos políticos de la región, y de una táctica fundada en la exaltación de las características geográficas, topológicas, silvestres, de fauna u otros. Como soportes de una narrativa simbólica que administra el orden social y cultural, capaz de contener a un imperio, y luego a una nación. Que además habilita el reconocimiento de la concepción de la naturaleza como un agente para la construcción de América y sus estados, definiendo un modelo de funcionamiento con profundas raíces coloniales que se sustituye renovándose para cada ciclo.

Las naciones emancipadas de nuestra América aplican el modelo bajo sus propios anhelos de libertad, que lo ajustan en mayor o menor medida a sus intereses y a las cualidades que cada territorio geográfico ofrece. Si bien, este punto es sustancioso respecto a la potencialidad analítica que ofrece, vale destacar que el hito central de la investigación y la contribución que busca situar está en las condiciones de reconocimiento de una estrategia visual y discursiva centrada en la naturaleza con un carácter sistematizado, ontológico y exegético, cuyo punto de inflexión transcurre durante la segunda mitad del siglo XVIII, proyectando un punto de origen para las prácticas políticas y la definición de los elementos que materializan el uso de la naturaleza como símil (doble simbólico) de las nociones y valores de autonomía que comandan las tempranas pretensiones emancipatorias de las colonias. Conformando un antecedente clave para la creación de los estados-nación, y posteriormente, el pilar simbólico que articula la nación bajo la síntesis: espacio (territorio), lugar (estado), paisaje (nación) como sinergia movilizadora de los centenarios en América del Sur. De esta manera el paisaje opera como categoría sintetizadora del proyecto nacional mediante la correlación de lo natural y su cualidad política para concebir la imagen ensoñada de la nación.

Resulta imperativo para el buen desarrollo de la instigación presentar dos factores claves en la concepción de la naturaleza que la habilita como un reducto factible e idóneo sobre el cual imaginar, proyectar y edificar la autonomía de los estados nación de América. Tales factores evidencian las convicciones previas que sustentan el protagonismo y condición política de la naturaleza para luego ajustarse a las heterogéneas necesidades de los primigenios países de la región.

El primer factor demanda situar, nuevamente, la mirada sobre la sustantiva influencia de los jesuitas, pero no exclusivamente a través de sus Historias Naturales. Sino, además de sus importantes obras, el influjo jesuítico es central para la aprehensión de la naturaleza americana bajo una clave metafórica. La impronta que una parte nueva y desconocida del plan divino se encuentra en los parajes del novel mundo promueve la noción cultural e importancia de aprender a leer la naturaleza, y que, a partir de dicho acto, en ella (naturaleza) hay un componente que define, guía e indica el destino de quienes la habitan.

El segundo factor reside en la consolidación de una narrativa que entreteje naturaleza y política como soportes estructurales de la nación gracias a los viajes científicos del siglo XIX. De modo que el discurso científico sustenta el relato edificante de singularidades, ventajas y cualidades que los viajeros naturalistas atribuyen a los territorios americanos, creando una legitimidad que se anquilosa a la forma alegórica propuesta primeramente por los jesuitas, para luego dar pie a un estatuto mixto de la naturaleza en América. Este se expresa en un principio simbólico en sinergia al fundamento de validación científica en cuanto las cualidades simbólicas y políticas que se asimilan socioculturalmente a través del paisaje, espacio y lugar. Ambos factores, lo simbólico desde una raíz religiosa y lo científico como expresión de modernidad ilustrada, conforman el núcleo que define el carácter político de la naturaleza en una condición de autovalidación discursiva. Los cuantiosos viajes científicos del siglo XIX modelaron la idea del paisaje, espacio y lugar bajo la condición de vectores móviles de la anhelada modernidad e identidad de los estados-nación. Toda vez que proyecta, además, una imagen ensoñada y contemplativa de la nación por medio de encuadres –campos visuales– que circulan cristalizados en paisajes, y buscan contener la totalidad de la nación bajo un campo escópico definido a priori como resultado de un largo proceso histórico de modelado visual.

Referencias bibliográficas

- Acosta, J. (2008). *Historia Natural y Moral de las Indias*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Andermann, J.(2008). Paisaje: imagen, entorno, ensamble. *Orbis Tertius*, XIII, 14.
- Bleichmar, D. (2016). *El imperio visible. Expediciones botánicas y cultura visual en la Ilustración hispánica*. Fondo de Cultura Económica.
- Castoriadis, C. (2013). *La institución imaginaria de la Sociedad*. Tusquets.
- Castro-Gómez, S. (2005). *La hybris del punto cero : ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Pontificia Universidad Javeriana.
- Cid, G. & Vergara, J. (2011) Representando la “copia feliz del edén”. Rugendas: Paisaje e identidad nacional en Chile, siglo XIX (pp. 109-135). En *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, Universidad de Santiago, Volumen 15, No 2.
- Cosgrove, D. (2002). Observando la naturaleza: El paisaje y el sentido europeo de la vista, *Boletín de la A.G.E.* N.º 34, 63-89.
- Crary, J. (1991) *Techniques of the observer. On vision and modernity in the nineteenth Century*. MIT Press.
- Ferrater Mora, J. (1956). *Diccionario de filosofía*. Sudamericana.
- Foucault, M. (2022). *Microfísica del poder*. Clave Intelectual.
- Gerbi, A. (1992). *La naturaleza de las indias nuevas*. Fondo de Cultura Económica.

- Gerbi, A. (1993). *La disputa del nuevo mundo. Historia de una polémica*. Fondo de Cultura Económica
- Góngora, M. (1998). *Estudios sobre la historia colonial de Hispanoamérica*. Universitaria.
- Mignolo, W. (1992). *Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista en Historia de la Literatura Hispanoamericana*. Cátedra.
- Millones L., Ledezma D. (2005). *El saber de los jesuitas, historias naturales y el nuevo mundo*. Iberoamericana.
- Mitchell, W. J. T. (2002). *Landscape and Power*. University Chicago Press.
- O’Gorman, E. (2014). *La invención de América*. Ciudad de México. Fondo de Cultura Económica.
- Orellana, M. I. Martínez, M. F. (2010). *Educación e Imagen: Formas de modelar la realidad*. Lom.
- Quijano, A. (2014). *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*. CLACSO.
- Valdés C. (2014). *Por un paisaje nacional: la montaña como imagen de Chile en la pintura del siglo XIX en Los riesgos traen oportunidades*. Transformaciones globales en Los Andes sudamericanos. Universitaria.